



uc in altum

En tu nombre echaré las redes



¡Bienvenido a bordo!

DUC IN ALTUM es el nuevo boletín trimestral de la Diócesis de Pinar del Río. Un espacio donde fe, cultura y comunidad se encuentran. ¿Quiere ser parte? Aceptamos con entusiasmo colaboraciones en forma de artículos que se ajusten al perfil de la revista. Juntos podemos hacer de DUC IN ALTUM un faro de comunión y pensamiento.
¡Contáctenos! Escribanos a: [boletinducinaltum@gmail.com]

Director:

Mons. Juan de Dios Hernández
Ruiz sj.

Consejo Editorial:

Elena Fernández Silva
Rafael Ángel Bernal Castellanos
Tania Gómez Rodríguez
Pbro. Alfredo Miguel Martínez
Ross
Jorge Núñez Hernández

Diseño

Cubierta: Milton Portales
Interior: Brenda Fonticoba

Distribución:

Zaimy Padrón Bravo.

Dirección:

Obispado de Pinar del Río.
Calle Máximo Gómez No.160.
E/ Ave. Rafael Ferro y Cde.
Pinares. P. del Río, Cuba.
Código Postal 20 100.

Tel. 53 (048) 75 7644

¡Síguenos!

Mantente al día con todo
nuestro contenido.

 [diocesispinar](#)

 [@diocesis_pinar](#)

 www.diocesispinardelrio.com

SUMARIO

Editorial

Mensaje de Navidad 3

Formación

Cuando Dios escogió la pobreza 4

Espiritualidad

¿Felices los pobres? 7

Familia y Sociedad

La pobreza del talento 10

Historia de la Iglesia

Los cimientos de la Cristianidad 13

Vocación

Agustín Miret: Sacerdote ejemplar 16

Iglesia

La riqueza de los que perdieron todo 18

Mensaje de Navidad de los obispos católicos en Cuba 22

Tomarse en serio al amor de Cristo... a partir de los últimos 24

Fiestas Patronales

Memoria Festiva: Las celebraciones del último trimestre ... 27

Ecos Diocesanos

Jesús en un abrazo a los pobres 29

In memoriam: Luis Pérez 30

Catequistas, peregrinos de esperanza 31

Gratitud y esperanza 32

La Diócesis despidе al maestro Lorenzo 32

Nuevos Cristianos reciben los Sacramentos de
Iniciación Cristiana 33

Pasatiempo 34



ESCANEA EL CÓDIGO QR Y ACCEDA AL BOLETÍN DIGITAL:

Mensaje de Navidad



Obra de Bartolomé Esteban Murillo, Adoración de los pastores (1650)

Querida familia,

Cuando diciembre envuelve el mundo en luces y nostalgia, mi corazón se aquieta y viaja hacia ustedes. La Navidad es ese farol en la noche que nos llama de vuelta a lo esencial: al amor que nos teje, a los recuerdos que son nuestro patrimonio más dulce, y a la alegría de sabernos, siempre, un mismo hogar. Este año, más que nunca, siento que este llamado tiene un nombre y un rostro: el de Cristo, que nace para ser Emanuel, "Dios-con-nosotros". Él es la verdadera luz que ilumina nuestros encuentros y da sentido profundo a cada abrazo.

Atesoro la banda sonora de nuestras fiestas: el esfuerzo de cada comunidad cristiana para vivir estos días de un modo distinto, los villancicos entonados con el corazón, el brillo de asombro en los ojos de los pequeños. Vislumbro en esos instantes un reflejo del Amor mayor que hoy se hace Niño. En la sencillez compartida, en la mesa que nos reúne, ahí se hace presente la promesa de una esperanza que no defrauda.

Que la paz de Cristo, Príncipe de la Paz, reine en cada rincón de sus vidas. Que encuentren en el calor de estos días un reflejo del amor infinito de Dios, que se hizo pequeño para estar cerca de nosotros.

Les deseo una Navidad donde la paz de Belén calme cualquier inquietud, donde la alegría sencilla del Pesebre llene nuestros corazones, y donde cada abrazo sea un recordatorio de que Dios, en su ternura infinita, eligió una familia para salvarnos. Rezo con esperanza renovada. Rezo por ustedes, por los lazos que nos unen, y por la Luz que, desde el pesebre, ilumina nuestro camino familiar hacia un 2026 lleno de fe y de gracia.

¡Feliz Navidad! Que el Niño Dios habite en nuestro hogar y en cada uno de nuestros corazones.

*Con todo mi amor y fe,
+ Juan de Dios Hernández Ruiz, sj
Obispo*

Cuando Dios escogió la pobreza

Por Pbro. Alfredo Miguel Martínez Ross

La Encarnación, el misterio central del cristianismo según el cual el Hijo de Dios asume la naturaleza humana, suele contemplarse desde la perspectiva teológica de la redención o la revelación. Sin embargo, hay una dimensión profundamente subversiva y conmovedora en este acontecimiento: la elección deliberada de la pobreza, la fragilidad y la humildad más radicales. Dios no solo se hace hombre; se hace hombre en los márgenes, en la periferia, en la precariedad, en la vulnerabilidad total. Esta opción por lo humilde no es un accidente biográfico, sino el núcleo mismo del mensaje cristiano sobre la naturaleza de Dios y su relación con la humanidad.

El relato evangélico es austero y elocuente: José y María, obligados por un decreto imperial, llegan a Belén cuando ella está a punto de dar a luz. No hay lugar para ellos en la posada — el espacio social organizado— y el Hijo de Dios nace en un establo, recostado en un pesebre, lugar del que comen los animales. Esta escena, dulcificada por el arte y la tradición, es en realidad una imagen de extrema indigencia. El Creador del universo, aquel a quien los cielos y la tierra pertenecen, hace su entrada en la historia humana en la total desposesión material.

Esta elección es una declaración teológica fundamental. Dios no se identifica con el poder, la riqueza o el esplendor mundano. Su gloria se revela precisamente en las antípodas de esos valores. San Pablo lo expresa

con fuerza en su carta a los Filipenses: "Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera" (Flp 2:6-7). Este "despojarse" —la kenosis— es el movimiento libre de Dios hacia lo más bajo. El pesebre es así el primer símbolo de un Dios que vacía sus privilegios para habitar nuestra precariedad.

La Encarnación no fue un disfraz momentáneo. Dios asumió la condición humana en toda su trayectoria y en toda su profundidad, comenzando por la absoluta dependencia de la infancia. El Verbo eterno, la Palabra por la cual todo fue hecho, necesita que le cambien los pañales, que le den de comer, que le arrullen para dormir. Aprende a caminar, a hablar, cae y se levanta. Esta asunción de la vulnerabilidad es un escándalo para cualquier idea de divinidad como omnipotencia distante. Dios experimenta en carne propia lo que significa crecer en el seno de una familia pobre, en una aldea insignificante de una provincia periférica del Imperio. Esta identificación con lo humilde no fue pasajera, sino que se extendió a lo largo de una vida ordinaria.

Los llamados "años ocultos" de Jesús en Nazaret son otra faceta de esta humildad. Pasa treinta años ejerciendo un oficio manual —"¿No es este el carpintero?" (Mc 6:3)—,

compartiendo la vida cotidiana de gente común. Conoce el cansancio del trabajo físico, la preocupación por el sustento diario, las relaciones vecinales, las tradiciones locales. No es un observador pasivo; es un participante pleno en la cultura y las limitaciones de su tiempo. Esta inmersión total le permite solidarizarse no de manera teórica, sino existencial, con la experiencia de la gran mayoría de la humanidad, que vive y muere en el anonimato de lo cotidiano.

La opción por la pobreza y la humildad se manifiesta a lo largo de toda la vida pública de Jesús. Nace bajo un censo imperial que lo contabiliza como un número más, huye como refugiado a Egipto ante la persecución de Herodes, crece en Galilea, región despreciada por las élites de Jerusalén. Su ministerio se desarrolla principalmente entre pescadores, campesinos, mujeres, enfermos, recaudadores de impuestos y pecadores públicos —todos ellos situados en los márgenes sociales y religiosos de su época.

Jesús no solo predica para los pobres; vive como uno de ellos: declara no tener "donde reclinar la cabeza" (Lc 9:58); su entrada triunfal en Jerusalén es montado en un pollino, no en un caballo de guerra; en la Última Cena, asume el rol de un siervo lavando los pies de sus discípulos, gesto que resume su misión: "No he venido a ser servido, sino a servir" (Mc 10:45). Finalmente, muere como un criminal común, ejecutado mediante el suplicio más humillante y doloroso de la época, despojado incluso de sus vestiduras, clavado en una cruz entre dos ladrones.

La Cruz es la culminación lógica del camino de humillación emprendido en el pesebre. En ella, Dios experimenta el abandono, el dolor físico extremo, la injusticia institucionalizada y la muerte más ignominiosa. No hay aspecto de la condición humana —excepto el pecado— que no haya sido asumido y redimido desde dentro. Como señala la Carta a los Hebreos: "No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras



debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo igual que nosotros, pero sin pecado" (Heb 4:15).

Esta comprensión de la Encarnación como identificación divina con lo humilde tiene profundas implicaciones. En primer lugar, nos revela a un Dios cercano que, lejos de ser un ser distante e indiferente, se muestra como Emmanuel, "Dios-con-nosotros", particularmente con los que sufren. La distancia entre lo divino y lo humano es abolida desde abajo, desde la fragilidad. Además, se sacraliza lo cotidiano: al asumir la existencia humana en sus aspectos más ordinarios —el trabajo, la familia, la amistad, el sufrimiento—, Jesús santifica estas realidades. Lo humano ya no es un valle de lágrimas del que hay que escapar, sino el lugar del encuentro con Dios. También se subvierten los valores mundanos: la Encarnación invierte la lógica del poder y el éxito. La verdadera grandeza reside en el servicio; la verdadera riqueza, en el desprendimiento; la verdadera fuerza, en la vulnerabilidad amorosa.

Este es el "escándalo" de la Cruz del que habla San Pablo. Por último, se opta por lo pequeño y lo pobre. La identificación de Dios con los humildes no es meramente simbólica; constituye un imperativo ético para sus seguidores. Amar a Dios implica necesariamente amar y servir a los más pequeños, porque en ellos encontramos el rostro de Cristo (Mt 25:31-46). De este modo, la humanidad encuentra su esperanza: al asumir y transfigurar desde dentro nuestra fragilidad, la Encarnación confiere una dignidad irrevocable a toda persona humana, especialmente a las más débiles. La redención no es un escape del cuerpo o de la historia, sino su plenificación.

La Encarnación como asunción de la pobreza y la humildad no es una doctrina abstracta, sino un acontecimiento que continúa resonando en la historia. Nos revela un Dios cuyo poder se manifiesta paradójicamente en la debilidad, cuya riqueza se expresa en el despojo, cuya gloria brilla en la oscuridad de un establo y en la ignominia de una cruz. Este misterio desafía nuestras construcciones sociales basadas en el mérito, la productividad y el éxito. Nos recuerda que la medida de lo humano —y de lo divino— no está en lo que poseemos o controlamos, sino en nuestra capacidad de amar y servir. En un mundo marcado por profundas desigualdades y exclusiones, la imagen del Dios hecho niño pobre en Belén sigue interpelándonos, invitándonos a construir una humanidad más fraterna donde cada vida, especialmente la más vulnerable, sea reconocida como sagrada.

Al final, la Encarnación nos dice que Dios no nos amó desde la altura de su trono, sino desde la profundidad de nuestra condición. Se hizo como nosotros en lo más humilde para que nosotros pudiéramos llegar a ser, en Él, partícipes de la misma vida divina. Este es el prodigioso intercambio: Él asume nuestra pobreza para ofrecernos su riqueza; abraza nuestra mortalidad para darnos su inmortalidad. Así, en el pesebre de Belén, en la cotidianidad de Nazaret y en la Cruz del Calvario, Dios se ha hecho irrevocablemente solidario con lo humano, transformando para siempre el significado de la debilidad, la pobreza y el amor.

¿FELICES LOS POBRES?

Por: Hno Javier Jauregui, s.m

El Papa León nos ha regalado, al comienzo de su pontificado, su primer documento doctrinal: la Exhortación Apostólica *Dilexi te* sobre el amor a los pobres. Como él mismo indica, a partir de notas dejadas por el Papa Francisco, ha elaborado esta magnífica carta, que no deberíamos dejar de leer. Es el núcleo de nuestra fe cristiana. Por eso no voy a referirme a ella en detalle, para que quienes lean este artículo acudan directamente a la Exhortación. Pero sí comienzo el artículo con su párrafo inicial:

«Te he amado» (Ap 3,9), dice el Señor a una comunidad cristiana que, a diferencia de otras, no tenía ninguna relevancia ni recursos y estaba expuesta a la violencia y al desprecio: «A pesar de tu debilidad [...] obligaré [...] a que se postren delante de ti» (Ap 3,8-9). Este texto evoca las palabras del cántico de María: «Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías» (Lc 1,52-53).

¿Son felices los pobres? Lo afirma Jesús: *“Felices los pobres en el espíritu, porque suyo es el reino de Dios”*. Otras traducciones del griego dicen: *“Felices los de espíritu sencillo...”, “Dichosos los que tienen espíritu de pobres...”* (Mt 5, 3). Y en la versión de Lucas: *“Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados...”* (Lc 6, 20...).

El solemne sermón de las Bienaventuranzas retoma y desarrolla el tema fundamental ya anunciado en el discurso programático presentado por Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 16...).



Es la “buena nueva” dirigida sobre todo a los pobres y los desgraciados. Por contraste, casi como el reverso de la medalla, se disparan algunas “malas noticias” para los ricos, los hartos, los satisfechos, los que tienen éxito (cfr. versión de Lucas).

Dos observaciones de fondo.

Primera. Jesús anuncia la llegada de su Reino como un vuelco radical de la situación presente. Su justicia se manifiesta restableciendo el equilibrio roto por el egoísmo humano, por lo que las posiciones se vuelven a favor de los débiles, de los excluidos, de las víctimas, de los que no cuentan, de los vulnerables. Es lo que proclama María, haciéndose eco del cántico de Ana (1 Sam 2, 4-5), en el Magnificat:

“Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos” (Lc 1, 52...).

Jesús insta, pues, un orden “diverso” en el mundo, otra jerarquía de valores.

Segunda. Cristo no se presenta con un código de leyes. Sino que proclama unas bienaventuranzas, unos caminos hacia la felicidad. Con frecuencia olvidamos este... detalle. Se ha hecho muchas veces del cristianismo una religión oscura, del deber y, consiguientemente, de aquellos que son dóciles (¡cuántos, por desgracia, han dejado la fe ante esta presentación!), mientras que Jesús ilustra su mensaje como una llamada a la felicidad (“bienaventurados”, no “dóciles”).

La bienaventuranza es un “género” característico de la Biblia. No expresa

un tímido deseo, un anuncio de dudosa eficacia, ni tampoco una vaga promesa. Se trata, por el contrario, de una constatación, de una *fórmula de enhorabuena* (A. Pronzato), de felicitación por parte de Dios. Por lo que los destinatarios son bienaventurados ya en el mismo momento en el que nos alegramos con ellos.

Tanto Lucas como Mateo nos presentan diferentes maneras de ser “pobres”, en el sentido de que se encuentran en una situación de infelicidad, ya sea porque se les priva de los bienes materiales, porque sus exigencias fundamentales están sofocadas, por la tristeza o por el ambiente cruel que les envuelve...

Entonces, ¿por qué se llama “bienaventurados”, felices, a los pobres? No estamos frente a una especie de consagración de la pobreza, como si fuese una condición ideal para acoger el reino de Dios. Sería entonces una legitimación de la injusticia y de la avidez humanas que, por el contrario, son desenmascaradas por Cristo y condenadas en los cuatro “ay de vosotros” sucesivos (Lc 6, 24-26).

Y tampoco se puede creer que dependa del hecho de que los pobres sean moralmente mejores que los ricos.

No existe condición social alguna, ni mérito por parte de los hombres, que haga a alguien idóneo para el Reino. Esto es un don gratuito de Dios, no una conquista del hombre. Dios no es un contable. “*Te amo*”, “*he puesto en ti mi amor*”, como nos recuerda el Papa León con esta expresión maravillosa dirigida por Dios a aquella comunidad pobre de Filadelfia en el Apocalipsis (Ap 3, 9).



La bienaventuranza, por tanto, revela el corazón de Dios: Él se inclina gratuitamente hacia el que no tiene nada que ofrecerle, transformando su indignancia en espacio de gracia. En realidad, lo que está en juego, en las bienaventuranzas, es la idea misma que nos hacemos de Dios.

¿A qué nos lleva esta maravillosa Buena Noticia de Jesús? ¿Qué nos dice a los hombres y mujeres del siglo XXI, y aquí en Cuba? ¿Cómo seguir a Jesucristo y ser Buena Noticia para los pobres de hoy? ¿Cuál puede ser nuestra actitud y nuestro compromiso ante la pobreza y la marginación en la sociedad contemporánea?

Una sola actitud, la del mismo Jesús, la que practicó el buen samaritano: ACERCARSE.

A modo de sugerencias, de pinceladas rápidas, algunas actitudes para desarrollar en nuestra vida cotidiana:

- Frente a la idolatría del bienestar, austeridad.
- Frente al desarrollo inhumano, defensa de la persona.

- Frente a una cultura individualista, solidaridad.

- Frente a la insensibilidad social, misericordia.

- Frente al fatalismo, responsabilidad y compromiso.

Y los rasgos del compromiso cristiano podrían ser:

- Concienciación.
- Decisiones inspiradas por la fe.
- La entrega del tiempo libre.
- Desde la comunidad cristiana.
- Con carácter permanente.
- Vida solidaria.
- Formación adecuada.

El pobre es bienaventurado porque tiene las manos abiertas a la espera y, consiguientemente, tiene la puerta abierta de par en par. Todo lo contrario que el rico, que se cree en lugar seguro. Y no sabe que aquella "clausura" representa una muerte anticipada. Es cierto. Uno muere en el mismo momento en que ya no espera nada, en que no espera a nadie.

¿Felices los pobres? Con Jesús, sí. Amén. ¡Felices los pobres!

La pobreza del talento

Por Jorge Núñez Hernández

En nuestra sociedad nos encontramos con un fenómeno que, no por frecuente, deja de ser desconcertante. Se trata de profesionales universitarios trabajando en restaurantes y otros negocios particulares. Hasta se bromea con la abundancia de personal de la salud en algunos de estos lugares, por si alguien sufre de pronto una emergencia médica. La motivación, en una primera lectura, es económica; pero en Cuba, todo fenómeno social tiene una raíz política última. Los salarios en el sector privado tienden a ser más altos. Sin embargo, el hecho de que algo sea común no significa que sea normal. ¿Cómo ha llegado nuestra sociedad a esto? ¿Qué hay detrás de esta realidad?

Es frustrante que la sociedad dificulte el encauzamiento de las capacidades creativas, que los profesionales y trabajadores de cualquier sector no puedan concretar su crecimiento, gozar de la prosperidad personal que merecen, propiciar el bienestar de sus familias (no solo su supervivencia) y, al mismo tiempo, aportar a la sociedad. Las sociedades en el resto del mundo estimulan la creación, ofrecen becas e incentivos, y

con esto favorecen tanto el desarrollo económico personal y familiar como el bien común. El ser humano necesita crear y producir para crecer.

La encíclica *Laborem Exercens*, de San Juan Pablo II, nos dice: «Con su trabajo el hombre ha de procurarse el pan cotidiano, contribuir al continuo progreso de las ciencias y de la técnica, y sobre todo a la incesante elevación cultural y moral de la sociedad en la que vive en comunidad con sus hermanos (...) Hecho a imagen y semejanza de Dios en el mundo visible y puesto en él para que dominase la tierra, el hombre está por ello, desde el principio, llamado al trabajo».

Esta visión del trabajo como vocación y aporte a la comunidad contrasta radicalmente con la realidad que observamos. **Nos enfrentamos así a una paradoja lacerante: profesionales formados que viven en una pobreza de realización, un empobrecimiento intelectual forzado**



donde la capacidad no encuentra cauce. Hay algo profundamente equivocado cuando un país desaprovecha el talento de sus ciudadanos. La manera en que conceptualmente se entiende el trabajo y el salario no es un asunto de poca importancia. "Yo hago como que trabajo y ellos hacen como que me pagan". Reflota este refrán tristemente célebre, que denota una especie de convenio oculto, un contrato social que nadie ha firmado pero que describe la manera en que malfuncionan las cosas. Sin embargo, no es algo que inventamos en Cuba; esa frase en realidad se usaba en la Unión Soviética y se importó junto con la filosofía marxista y su modo de organizar la sociedad.

Desde que el país se incorporó al bloque socialista, se asumió una idea distorsionada del valor y el significado del trabajo y del salario. Se impuso un modelo económico que no guardaba relación alguna con la tradición de emprendimiento del pueblo cubano. La preeminencia de las concepciones ideológicas y del discurso por encima de la eficacia, el paternalismo de Estado, la burocracia excesiva, el igualitarismo mal entendido y el estancamiento crónico de los salarios constituyeron un verdadero freno a las capacidades individuales y al genio creativo. De hecho, la prosperidad personal como concepto desapareció durante décadas del discurso oficial. No era una prioridad para la manera en que se estructuró la sociedad, ni formaba parte de su filosofía política. El trabajo pasó a convertirse en "la primera trinchera de lucha", en una atmósfera donde se usaba el lenguaje belicista para todos los aspectos de la vida. La sociedad cubana nunca ha logrado

superar completamente esas ideas, que han penetrado profundamente en las leyes, las instituciones y la mentalidad colectiva, de manera que acabó por naturalizarse algo que está lejos de tener sentido. Los males actuales hunden sus raíces en decisiones que se tomaron décadas atrás.

El proyecto social cubano, inspirado en el marxismo, se ha mostrado inefectivo para encauzar y estimular las capacidades creativas. Una sociedad que no es capaz de estimular la competencia sana, el ansia de superación y de progreso propias de la condición humana, solo puede empobrecerse y retroceder. El progreso no es un lujo; las sociedades precisan progresar. Cuando el progreso personal y social no se logra, con el paso de los años todo se degrada en su conjunto. Se afectan la convivencia, la moral y las buenas costumbres, y se estimulan todo tipo de males sociales. La mayor riqueza de las naciones no son los recursos naturales, sino la capacidad intelectual, el desarrollo cultural y los valores cívicos que favorecen la paz, la justicia, la estabilidad y el desarrollo.

La educación tiene en esto una influencia primordial, siendo a la vez causa y víctima de esta crisis. Conscientes de su valor, los países más desarrollados siempre han invertido notables recursos para potenciar una educación de excelencia. Pero la educación en Cuba no está aislada del colapso que sufre el resto de la sociedad. Las universidades cubanas han visto disminuir su nivel técnico y científico, afectando directamente la calidad educativa y comprometiendo seriamente el presente y el futuro del país. Por otra parte, el componente de adoctrinamiento ideológico ha

lastrado históricamente la enseñanza a todos los niveles, supeditando el mérito y el pensamiento crítico a la lealtad política.

Cuba atraviesa también la peor crisis migratoria de su historia, y el mayor grupo que emigra es la juventud. El envejecimiento poblacional es otra dura realidad que se hace sentir en el ámbito laboral. En ocasiones se habla de “robo de cerebros”, pero es una expresión equívoca. Los cerebros no pueden robarse. Si una persona encuentra en otro país las posibilidades que le son negadas en el suyo propio, optar por vivir donde pueda desarrollar sus potencialidades es un acto de libertad legítimo. La mayoría de los que emigran son jóvenes.

Cuba es un país que se desangra, es incuestionable. La situación actual atenta contra cualquier aspiración natural de una sociedad al desarrollo y a la felicidad de sus ciudadanos. El trabajo es el ámbito en el que crecemos como personas, donde aspiramos a

desarrollar nuestra economía personal y planificar nuestra vida, donde nos integramos a la sociedad y sentimos que aportamos. Seguir una vocación y recibir un salario digno como consecuencia es algo que nos enaltece y afirma nuestra identidad. Es una señal de que la sociedad reconoce y valora nuestra capacidad y esfuerzo.

Para que nuestro país se reconstruya, es imperativo cambiar la manera en que se comprende el trabajo y la retribución. Es urgente estimular y potenciar las capacidades creativas de nuestro pueblo, rescatando esa verdad esencial recordada por Juan Pablo II: el hombre está llamado al trabajo no solo para sobrevivir, sino para contribuir al progreso moral y cultural de la comunidad. Solo así se cerrará la brecha entre el profesional formado para una vocación y la realidad que lo relega a tareas que no la corresponden. Solo así se remediará la pobreza más profunda: la del talento condenado al exilio o a la irrelevancia en su propia tierra.





Los cimientos de la Cristiandad

Por Pbro. Alfredo Miguel Martínez Ross

Adentrarse en la Edad Media exige abandonar el prejuicio secular que la encasilla como una “época de oscuridad”. Todo período histórico es un tapiz de luces y sombras, y el nuestro, pese a su enorme leyenda negra, no es ajeno a esta regla. Los siglos V y VI contemplaron el lento ocaso del gigante de Occidente: el Imperio Romano. Su colapso no fue un simple cambio de administración, sino una convulsión geológica que fracturó el mundo antiguo y dio a luz, entre dolores y esperanzas, a una nueva civilización: la Cristiandad medieval. Sobre las ruinas humeantes de la Pax Romana, los reinos germánicos emergieron como archipiélagos de un nuevo orden, mientras la media luna del Islam se expandía con ímpetu por el norte de África e Hispania. En este vasto vacío de poder, en la fragua de la adversidad, se forjó el sistema feudal, el armazón político, económico y social que definiría los siglos venideros. Y fue en este marco, a la vez rudo y ferviente, donde la Iglesia desplegaría su misión, convirtiéndose en el alma y la memoria de un continente en reconstrucción.

Trono y Altar: La Alianza Carolingia y la Arquitectura feudal de la Sociedad

De la alianza providencial entre los reyes francos y el Papado surgió el primer gran esfuerzo por suturar las heridas de Europa. La coronación de Carlomagno como emperador por el Papa León III en la Navidad del año 800 no fue un mero acto político; fue un símbolo teológico de potencia incalculable: la fusión de la autoridad temporal y espiritual bajo el signo de la cruz, la idea de un Corpus Christianum unificado. Sin embargo, la fragilidad de las coronas humanas se hizo evidente tras la muerte del gran emperador. Su herencia se fragmentó en

los reinos de Francia, Germania y Lotaringia, y en este terreno abonado para la descentralización, el régimen feudal extendió sus raíces hasta impregnarlo todo. Este orden se cimentaba en un pacto de fidelidad y protección: la encomienda. El rey, árbitro nominal de todo el territorio, enfeudaba tierras a sus señores a cambio de juramento de vasallaje y auxilio armado. Estos, a su vez, podían subenfeudar sus dominios. Pero no era solo la tierra lo que se transfería; era el “señorío”, la potestad de administrar justicia y recaudar tributos. Se tejó así una sociedad piramidal, jerárquica y orgánica, donde la desigualdad era un *statu quo* divinamente ordenado, y el privilegio jurídico, no la riqueza, demarcaba el lugar de cada hombre. La Iglesia, lejos de permanecer en un plano ajeno, se vio inmersa en este entramado. Los obispados y abadías se convirtieron en una especie de feudos, y los cargos eclesiásticos, en “beneficios” que suscitaban la codicia de la nobleza. Tanta permeabilidad con el entorno civil era, sin duda, una amenaza contra la misión espiritual de la Iglesia.

El anhelo de pureza y los vientos de reforma

Frente a la lenta absorción de lo eclesial por lo secular, el Espíritu Santo suscitó, como un torrente imparable, un vasto y profundo movimiento de reforma que recorrió el siglo XI. Era un anhelo colectivo de pureza, un retorno a las fuentes primigenias de la santidad. Este impulso renovador, que brotó simultáneamente desde las bases y desde la cúspide, buscaba sanear a la Iglesia desde sus cimientos. Una de las primeras manifestaciones fue la reforma de la vida canónica. Bajo el influjo de la *Regula canonicorum* de San Crodegango, el clero secular comenzó a agruparse en comunidades para vivir bajo una regla común, dando origen a la vida capitular de canónigos, un ideal de vida apostólica que buscaba rescatar el espíritu de comunión y pobreza. Pero el faro más luminoso de este despertar fue, sin duda, la abadía de Cluny, fundada en 909. En un paisaje monástico a veces relajado, Cluny se erigió como una ciudadela de observancia rigurosa de la Regla de San Benito. Su genio residió en su estructura centralizada y su exención de toda autoridad secular, respondiendo solo a Roma. Desde este baluarte de oración y disciplina, una oleada de fervor se irradió por toda Europa, inspirando la fundación de una red de monasterios que fueron faros de reforma y piedad. La reforma, imparable, ascendió hasta la Sede de Pedro. El decreto *In Nomine Domini* (1059) del Papa Nicolás II consagró un principio revolucionario: la elección del Pontífice sería competencia exclusiva del “Sagrado Colegio Cardenalicio”, liberando al papado de las garras de emperadores y facciones nobiliarias romanas. La Iglesia se preparaba para reafirmar su autonomía respecto al poder civil.

Gregorio VII y el Gran Cisma

La cumbre de este impulso reformista llegó con la figura titánica de San Gregorio VII (1073-1085). Su pontificado encarnó la lucha sin cuartel contra los tres vicios que ulceraban el cuerpo eclesial: el nicolaísmo (la relajación del celibato

sacerdotal), la simonía (el tráfico de lo sagrado) y, sobre todo, la investidura laica (la usurpación por parte de reyes y señores del derecho a investir a obispos y abades). A través de concilios y decretos, Gregorio VII exigió la deposición de clérigos simoníacos y concubenarios, y proscribió que un laico, fuera cual fuere su rango, confiriera un oficio espiritual. Esta audaz reivindicación, plasmada en los *Dictatus Papae*, chocó con furia contra los intereses establecidos, desencadenando con el emperador Enrique IV la épica “Querrela de las Investiduras”, una batalla por la autonomía de la Iglesia que definiría para siempre la relación entre el poder espiritual y el temporal. Paralelamente a este drama occidental, se consumaba una tragedia de dimensiones ecuménicas. En 1054, la ya anciana grieta entre Roma y Constantinopla se volvió una fosa insondable. El “Gran Cisma” entre Oriente y Occidente se oficializó tras las excomuniones mutuas entre el legado del Papa León IX y el Patriarca Miguel Cerulario. Diferencias teológicas latentes, disputas sobre la primacía romana y divergencias en la práctica litúrgica (como la cuestión del pan ácimo) condujeron a la separación de los dos pulmones de la Cristiandad. Esta herida, abierta en el alma de la Iglesia, marcaría con su dolor toda la historia posterior. De esta era de intensa lucha y purificación nacería, como contrapunto místico, la voz poderosa de San Bernardo de Claraval, el último de los Padres y el primero de los místicos medievales, cuya elocuencia guiaría a la Cristiandad hacia nuevos horizontes de espiritualidad. Representa así la culminación del ideal medieval. Unió en su persona la contemplación más profunda con la acción más decisiva en el mundo. Su vida cierra el período de formación de la Iglesia medieval y anuncia su momento de mayor influencia, demostrando cómo la fuerza de un solo hombre, cimentada en la fe y la reforma, podía moldear la conciencia de toda una civilización.



Agustín Miret:

Sacerdote Ejemplar

Por Diácono José Vicente Concepción

El pasado 4 de noviembre se cumplieron exactamente 81 años del fallecimiento, en el templo parroquial de San Juan y Martínez, de uno de los sacerdotes más grandes e importantes que hayan acompañado nuestra labor pastoral: el Padre Agustín Miret.

Nació en Cataluña, España. Llegó a Cuba como capellán del ejército español a los 30 años, en 1897, siendo destinado a Cárdenas, Matanzas. Muy pronto comprendió que servía a una nación poderosa y armada, enfrentada a un pueblo pobre que luchaba por su libertad. Sobre este dilema conversó con el cura de Cárdenas, quien le aconsejó quedarse en Cuba, donde la escasez de sacerdotes ofrecía un campo idóneo para su ministerio.

Llegó a San Juan y Martínez a principios de mayo de 1901 y encontró una iglesia en ruinas. Cinco años antes, en 1896, todo había sido reducido a cenizas por los habitantes del pueblo, quedando en pie solo la torre. Se instaló en una pequeña casa en la calle del cementerio, donde ocasionalmente llegaba el cura de San Luis a celebrar la misa.

Pronto, el P. Miret conoció a Kiko Caravaca, con quien no solo forjó una profunda amistad, sino que estableció un acuerdo de trabajo: crear juntos un tejero para fabricar los

ladrillos necesarios para construir el cementerio, las casas del pueblo y levantar el templo parroquial. Así, el 24 de junio de 1906, durante la fiesta patronal de San Juan Bautista, fue bendecido el nuevo templo, que aún conservamos en su estructura original.

Pero antes de 1906 ocurrió en San Juan y Martínez, y en la vida del P. Miret, un suceso que define con claridad su talla humana, moral y sacerdotal.

En agosto de 1905, antiguos veteranos de la Guerra de Independencia se



levantaron en armas contra el gobierno constitucional y la intervención norteamericana. El P. Miret se puso del lado de los sublevados y marchó a la manigua, portando únicamente un viejo paraguas y los sacramentales propios de su ministerio, en lugar de un machete o un fusil. Esta actitud política provocó que el obispo de entonces emitiera un documento privándolo del ejercicio sacerdotal.

Posteriormente, sus amigos lograron que el obispo reconsiderara la decisión y reinstaurara al P. Miret como párroco de San Juan Bautista.

Muchas son las anécdotas que hacen de este hombre un verdadero "hombre de Dios". Crecí escuchándolas y han contribuido a forjar en mí el amor por la Iglesia y por los más necesitados.

Jamás regresó a su Cataluña natal, consagrando toda su vida al servicio de Dios y de todos los sanjuaneros, especialmente de los más pobres. Fue hábil para los negocios e invirtió sus ganancias en ayudarlos.

Construyó el templo parroquial y el cementerio actual, así como una represa para almacenar agua, que facilitó a los campesinos sembrar sus cosechas (hoy aún se le llama "La Represa del Cura"). Además, fundó una cooperativa para que los campesinos pudieran vender su cosecha de tabaco a un precio justo.

Vivió siempre en la sacristía del templo parroquial. Allí solo tenía un camastro para dormir, una tinaja para el agua, una lata que le servía de bacín, una pequeña mesa coja para

comer las viandas que le traían los feligreses, una vieja Biblia, una hornilla de carbón que encendía casi todas las noches para paliar el frío y una sotana negra, vieja y sucia, colgada de un clavo en la pared.

Murió este ejemplar sacerdote el 4 de noviembre de 1944, en la fiesta de San Carlos Borromeo. El P. Siro, párroco de San Juan y Martínez de 1957 a 1979 y gran admirador suyo —aunque llegó 13 años después de su muerte—, contaba que, deseando tener un busto del P. Miret, encargó la obra a un escultor empírico. La tarea era compleja, pues muy pocas personas que lo hubieran conocido seguían con vida. Al terminar la obra, se la llevó a Juana Ravelo, una anciana que sí lo había conocido. Al colocarla frente al busto, le preguntó: "Juana, ¿quién es ese?". Y ella respondió: "Ese es el padre Miret".

Hoy, sus restos mortales descansan en el templo parroquial de San Juan. Cuarenta y tres años de sacerdocio en un pueblo son mucho tiempo. Pero cuando ese ministerio se ejerce con una alta espiritualidad centrada en Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y centrada en el hombre concreto, siempre dispuesto a servir y promover su dignidad, entonces se encuentra sentido a tantos años de entrega.

Descansa en paz, Pastor Bueno y Fiel, y desde el cielo vela e intercede por los sacerdotes de hoy, para que, como tú, trabajen sin descanso por la extensión del Reino y por la promoción del Hombre.

Amén.

La riqueza de los que lo perdieron todo

Por: Tania Gómez Rodríguez

En horas del 21 de octubre del 2025, la Isla de Cuba se estremecía ante los fuertes vientos del huracán Melissa, que tocaba nuestro suelo con categoría 3, dejando a su paso una gran devastación.

Uno de los territorios más afectados del oriente cubano fue el poblado de El Cobre, donde se encuentra “La Casa de la Madre”, el Santuario Nacional de la Virgen de la Caridad.

Hoy nos hemos acercado hasta esta demarcación para conversar, un mes después de este terrible suceso, con el P. Rogelio Dean Puerta, Párroco del Santuario.

A través de su testimonio descubriremos de “primera mano” cómo se ha desarrollado la vida en una región que ya venía sufriendo el dolor de la pobreza y ahora se enfrentaba a un reto superior.

Padre Rogelio, en medio de la devastación que dejó el Huracán Melissa en El Cobre, ¿cuál fue el primer gesto de esperanza que vivió o presenció en la comunidad?

P. R: Yo estaba con parte de mi equipo de mantenimiento que nos habíamos pasado la noche garantizando la seguridad del Santuario. Cuando comenzó a amanecer después del paso el huracán Melissa y yo vi la destrucción general y la destrucción en el Santuario, en el poblado, ciertamente mi inquietud fue: “Y ahora, en medio de toda esta devastación donde todo el mundo lo ha perdido todo, quiénes serán los primeros en llegar al Santuario, de la parroquia, a ver cómo quedó la Casa de la Madre, para dar una mano” y lo que me llama la atención es que los primeros en llegar son los más jóvenes de entre los jóvenes, digamos los juveniles, preocupados; y también llegaron precisamente matrimonios que lo habían perdido todo. Eso me impactó mucho, porque llegaron a dar su disponibilidad. Y es curioso que los matrimonios que más perdieron, varios matrimonios que lo perdieron todo o casi todo, fueron los primeros en declarar su disponibilidad para ayudar en el Santuario y para enseguida ponerse a elaborar alimentos y a repartir comida. Eso a mí me impactó mucho y me sentí levantado, animado y vi santidad, vi un ejemplo de vida extraordinario que en medio de tanto dolor me quedé enamorado de ese testimonio de mi gente.

Usted ha mencionado antes que “los pobres evangelizan a los pobres”. En esta experiencia de dolor y reconstrucción, ¿cómo evangelizaron los más afectados a quienes llegaron a ayudar?

P. R: Ese término de pobreza tiene sus matices, porque yo, como decía en la pregunta anterior, vi gente rica, llena de Dios, que venían aun desde la cruz a dar a Dios. A mí lo que me llama la atención es cómo alguien desde lo más profundo y doloroso de la cruz, puede amar con esa fuerza. Yo como sacerdote, me sentí pequeño, porque me doy cuenta que lo más importante en la vida de fe es ser santo y eso se demuestra en el máximo del amor, como nuestro



Señor, que aun estando en la cruz, seguía amando; de hecho fue cuando más amó. Y entonces yo, de repente ver a estas personas que trascienden el dolor y se ponen a servir, es un testimonio de fe impresionante.

Porque también, como mismo te digo eso, te digo otra cosa, muchos hermanos nuestros de la comunidad, gente joven, gente fuerte, que no tuvo tantas pérdidas, no se aparecieron por acá y de hecho todavía hoy no han llegado, y uno dice: ay, qué pena.

Yo creo que estamos viviendo un tiempo de gracia, donde uno puede visualizar con claridad dónde está la santidad. Y esa santidad, ese testimonio es el que evangeliza, el que anima, el que levanta a las demás personas, porque quien mejor para animar a alguien que ha perdido cosas en su casa, que una persona que lo ha perdido todo, ¿entiendes? Pero además, no es que en este tiempo, llevamos ya un mes acá, no es que sean personas que ayudan un día, que ayudan cuando están de ánimo, que ayudan cuando pueden, no. Estamos hablando que desde que pasó el huracán enseguida se empezaron a dar platos de comida diario, alimentos preparados con leña, porque no hay ni carbón, y con mucho sacrificio, y no se han parado de dar esos platos de comida en casi 29 casas diariamente, estamos hablando de casi 1000 platos de comida al día, desde el mismo momento que pasó el huracán. Entonces, no solamente estamos delante de gente que se da, sino que lo hacen todos los días y sabemos que hay días que uno está mejor de ánimo que otros y sin embargo, no cuentan estados de ánimo. Con más ánimo o menos ánimo, se fortalecen en la fe y salen a darlo todo. Ah, eso sí, amanecen aquí en la Misa del Santuario. Lo primero es lo primero. Amanecen en la Santa Misa y después van a recibir los alimentos que nosotros compramos acá y después van y lo elaboran y lo distribuyen.

No importa que llueva por la tarde, pasan mucho trabajo porque a veces está lloviendo y hay que cocinar con leña y es tremendo el trabajo que pasan, pero nadie se queda sin comer, y esto es realmente admirable.

Hoy, mirando atrás, ¿qué le dice esta experiencia sobre el rostro de Dios y la importancia de trabajar unidos como Iglesia familia que sirve?

P. R: Yo creo que en los momentos duros, en los momentos de cruz, es donde se prueba y se fortalece la familia.

Ciertamente, aquí en El Cobre, tenemos que decirlo así, la columna vertebral de la comunidad parroquial, es la familia Emaús, en sus diferentes ramas: Efe'tá en los jóvenes, Baltimeo en los juveniles, Emaús Matrimonios, Emaús Parejas, entonces tenemos que decir que hemos visto más que nunca una experiencia de familia, porque cuando están las condiciones creadas y todo bonito y todo hermoso, mucha gente está, ahora cuando de verdad se pone la situación difícil es cuando se prueba a la familia, se prueba la unidad de la familia. Y aunque muchos ciertamente no responden, los que han sido capaces de responder, que no son pocos, han demostrado ser de verdad una familia donde sabemos dar la vida el uno por el otro, y donde estamos unidos, y entonces por eso se compuso una canción para este tiempo que la hemos llamado así: Tiempo de Gracia, porque la familia sale fortalecida, porque la Iglesia es familia de familias, pero con hechos concretos. O sea la familia se abre paso con obras, se muestra la fe con obras, como dice el Apóstol Santiago.

Es impresionante porque el dolor sale vencido, y decimos: bueno, tal persona se le ve el rostro feliz, se le ve el rostro con esperanza y sin nada que objetivamente les anime a decir que todo va a mejorar, que todo va a cambiar, que todo se va a solucionar, no, porque sería mentirnos. Pero hay una esperanza en Cristo. Ahí está el gozo de que no nos quedamos con los brazos cruzados entristecidos y adoloridos.





Está el gozo de que hemos sido capaces de en medio del dolor, abrazar la cruz y levantarnos, y eso sí, ir juntos camino a la Resurrección, porque el grito de Emaús es que “Jesucristo ha resucitado”. Y cómo podemos nosotros vivir en clave de resurrección: unidos, ayudándonos, por eso acá hemos dicho que no queremos tirarnos a lamentarnos, a juzgar, a criticar, a autocompadecernos, no tenemos tiempo para eso. Hay tiempo para amar, y amar de un modo concreto, y eso es lo que está haciendo nuestra familia acá, definitivamente.

Muchas personas me han preguntado: Y por qué la Virgen ha permitido después de tantos años de gloria, -porque tenemos que decirlo así: hemos vivido años de gloria, de crecimiento espiritual de la comunidad, de vida, de restauración del Santuario- por qué después de tantos momentos gloriosos, la Virgen permite que suceda esta devastación, este momento de cruz tan fuerte, ¿por qué la Virgen permite esto en su Casa?

Entonces nosotros- y lo hemos hablado en la comunidad- no nos detenemos en los por qué, queremos dar el salto del para qué, qué podemos aprender, qué nos está queriendo decir el Señor, qué podemos cambiar, mejorar, y estamos aprendiendo mucho, porque no es que se nos presente el rostro de un Dios castigador e implacable, al contrario, de un Dios que asumió la cruz y que nos asocia a esa cruz para aprender y para crecer. Porque la cruz siempre da la oportunidad de aprender, de cambiar, de crecer y evidentemente de resucitar. Entonces estamos viendo un rostro misericordioso de Dios. Y en la medida en que nosotros lo veamos ayudamos a que los demás también lo vean. Porque no todo el mundo tiene una fe fuerte, y nosotros tenemos que ayudar al que tiene una fe más débil, al que está triste, al que está aplastado, pero para eso nosotros somos los primeros que tenemos que asumir la cruz

Y por eso los jueves santos, que aquí en El Cobre son muy famosos, siguen llegando muchas personas de acá a depositar su fe en Jesús que está, que sufre con nosotros y nos levanta.

“Mensaje de Navidad 2025 de los Obispos Católicos de Cuba”

*Queridos hijos e hijas de nuestra Iglesia:
Queridos cubanos todos:*

1. La Navidad es la fiesta que recuerda el nacimiento de Jesucristo, en el seno de una familia, pobre y necesitado como muchos en este mundo. Llegó hasta nosotros bajo la serena mirada de la Virgen María y su esposo San José, en un pequeño e insignificante pueblo llamado Belén (Cf. Lc. 2, 6), muy cerca de Jerusalén. Los primeros en enterarse de su nacimiento y estar con él, fueron los humildes, la gente sencilla, y aquellos pastores que cuidaban sus ovejas, en medio de la noche (Cf. Lc. 2, 6). Estos últimos escucharon el mensaje de gozo que dieron los ángeles: "Les anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo: hoy les ha nacido el Salvador, que es Cristo, el Señor"(Lc. 2, 11). Por eso, a la noche del 24 al 25 de diciembre, el mundo entero le llama la Nochebuena, porque en ella nació Jesucristo, la luz que llegó para iluminar a todos.

2. En esta ocasión, tenemos muy presente que la Navidad será difícil para muchas personas y familias, especialmente las que fueron dañadas por el huracán Melissa, en el oriente cubano. Ellas han sido destinatarias de la solidaridad de muchos. Todos continuaremos orando y ayudándolas en estos días santos.

3. La Navidad es fiesta de la familia. ¡Qué bendición podernos reunir en este tiempo, alrededor de una misma mesa o juntos en la iglesia! ¡Que todos sepamos valorar a quienes nos transmitieron la vida y, con esfuerzo y sacrificio,

quisieron hacernos personas de bien! A ellos debemos nuestra gratitud y compromiso de ayuda. Que recemos juntos en el hogar, porque "la familia que reza unida, permanece unida". Volvamos a escuchar al Papa San Juan Pablo II, cuando nos visitó en 1998: "¡Cuba, cuida a tus familias, para que conserves sano tu corazón!"

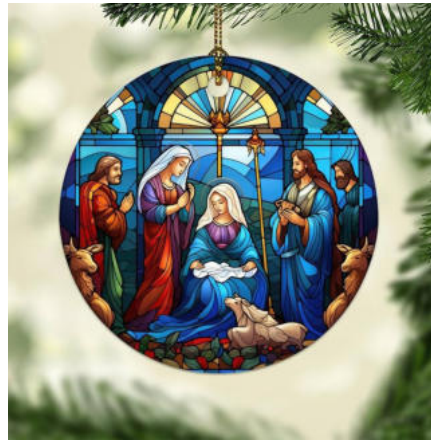
4. ¡Quiera Dios que, en esta Navidad le abramos de par en par las puertas de nuestro corazón a Jesucristo! ¡Ojalá que comencemos perdonando verdaderamente al familiar, al vecino, al compañero de trabajo o de estudio, al que nos ofendió y ya no le hablamos! ¡Ojalá que, de manera especial, tengamos un gesto de cercanía con los que viven solos y no tienen con quién compartir! ¡Que sepamos tener expresiones de amor para con los ancianos, los enfermos, los presos y sus familiares! ¡Que no pasemos de largo cuando encontremos a una persona pidiendo limosna o comiendo desechos!

5. El mensaje de la Navidad es una invitación al abrazo fraterno, al diálogo, a dar la mano, a construir puentes en lugar de muros. A olvidar ofensas, acallar rencores y llamar hermano al otro para, juntos, construir una Cuba mejor.

6. La Navidad siempre nos trae buenas noticias. Ya en nuestro Mensaje navideño del año 2020, los Obispos mencionábamos algunas posibles: "Una buena noticia para los cubanos sería que las cosas cambien para bien y en paz... que el agobio por conseguir

los alimentos se convierta en un sereno compartir el pan cotidiano en familia... que el anunciado reajuste de la economía nacional, lejos de aumentar las preocupaciones de muchos, ayude a que cada cual pueda sostener a su familia con un trabajo digno, con el salario suficiente y con la siempre necesaria justicia social... que se evite la violencia, la confrontación, el insulto y la descalificación para crear un ambiente de amistad social y fraternidad universal... que la intolerancia dé paso a una sana pluralidad, al diálogo y a la negociación entre los que tienen opiniones y criterios distintos... que los cubanos no tengamos que buscar fuera del país lo que debemos encontrar dentro; que no tengamos que esperar a que nos den desde arriba lo que debemos y podemos construir nosotros mismos desde abajo... que cesen todos los bloqueos, externos e internos, y dar paso a la iniciativa creadora, a la liberación de las fuerzas productivas y a leyes que favorezcan la iniciativa de cada cubano, así cada uno sentirá y podrá ser protagonista de su proyecto de vida y, de ese modo, la Nación avanzará hacia un desarrollo humano integral". Todas éstas son "buenas noticias", que conservan su actualidad cinco años después. Hoy se podrían añadir otros buenos deseos, que necesitamos y esperamos. Que no se siga dilatando el tiempo de hacerlos realidad, con el empeño de todos.

7. Para fortalecernos en el compromiso, viene en nuestra ayuda la esperanza cristiana, que se refuerza al contemplar el Nacimiento de Jesucristo. "La verdadera esperanza consiste en saber que, incluso en la oscuridad de la prueba, el amor de Dios nos sostiene" (Papa León XIV, 27 de agosto de 2025). Gracias a la esperanza, que es Cristo, cada persona encuentra respuestas



ante la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, el amor y la violencia, las frustraciones e impotencias.

8. Como cristianos y cubanos estamos llamados en todo momento, y especialmente en este Año Jubilar, a ser sembradores de esperanza. Ella inspirará nuestros actos, los purificará y los ordenará hacia la construcción de una Cuba nueva.

9. ¡Que la Santísima Virgen de la Caridad, que vivió en modo privilegiado y único la primera Navidad de la historia, interceda por todos nosotros!

10. El Señor esté siempre a su lado para defenderlos. Que Él vaya delante de ustedes para guiarlos y detrás de ustedes para protegerlos. Que Él vele por ustedes y los sostenga. Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes y los acompañe hoy y siempre. Amén.

¡Feliz Navidad y Bendecido Año Nuevo 2026!

Los Obispos Católicos de Cuba.
La Habana, 20 de diciembre de 2025

Tomarse en serio al amor de Cristo... a partir de los últimos

Por: Pbro. Alfredo Miguel Martínez Ross



El cuidado de los pobres forma parte de la gran tradición de la Iglesia; como un faro de luz, el Evangelio, ha iluminado los corazones y los pasos de los cristianos a lo largo de la Historia. Por lo tanto, debemos sentir la urgencia de animar a todos a optar por la vida desde el reconocimiento de la presencia de Cristo en el rostro de quienes sufren y viven en necesidad. Para nosotros, como cristianos, la cuestión de los pobres remite a lo esencial de nuestra fe, porque ellos no representan una categoría sociológica, sino que constituyen la misma carne de Cristo.

El 4 de octubre último, el papa León XIV, a los seis meses de su elección, ha firmado su primera exhortación apostólica titulada *Dilexi te*. Este es el primer gran documento de su pontificado y al parecer, el programático de su gobierno en el solio pontificio. Fue el día del *poverello d'Assisi* el que sirvió de marco a este documento, que centra su mirada en la realidad de los pobres y en el amor hacia ellos como forma de amor a Cristo.

Esta Exhortación Apostólica se presenta como la continuación de un proyecto iniciado por su predecesor,

el Papa Francisco, enfocado en el amor hacia los pobres. El documento se basa en la encíclica *Dilexit* nos y busca profundizar en la conexión entre el amor de Cristo y el llamado a acercarse a los más necesitados. "Habiendo recibido como herencia este proyecto, me alegra hacerlo mío, añadiendo algunas reflexiones, y proponerlo al inicio de mi pontificado, compartiendo el deseo de mi amado predecesor de que todos los cristianos puedan percibir la fuerte conexión que existe entre el amor de Cristo y su llamada a acercarnos a los pobres" (DT 3)

Capítulo 1: Algunas Palabras Indispensables

El documento comienza reflexionando sobre el pasaje bíblico en el que Jesús defiende el gesto de una mujer que unge sus pies con perfume costoso, destacando que los gestos de amor y afecto hacia los que sufren nunca serán olvidados. Se enfatiza que el amor a Dios y el amor a los pobres están intrínsecamente unidos, citando las palabras de Jesús: "Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo" (Mt 25:40).

Se recuerda la figura de San Francisco de Asís, cuyo encuentro con los leprosos transformó su vida, y se señala que la opción preferencial por los pobres genera una renovación tanto en la Iglesia como en la sociedad. El texto también aborda el

"grito de los pobres", comparándolo con la liberación de Israel en Egipto, y advierte que la indiferencia hacia este clamor aleja del corazón de Dios.

Capítulo 2: Dios Opta por los Pobres

Este capítulo explora la "opción preferencial de Dios por los pobres" que

no implica exclusivismo, sino que subraya la compasión divina hacia la humanidad vulnerable.

Jesús es presentado como el "Mesías pobre" que, desde su nacimiento hasta su muerte, experimentó la exclusión y la precariedad. Su identificación con los pobres se manifiesta en su ministerio público, donde anuncia la buena nueva a los marginados: "Felices ustedes, los pobres" (Lc 6:20).

Capítulo 3: Una Iglesia para los Pobres

León XIV recoge el deseo del Papa Francisco de una "Iglesia pobre y para los pobres". A lo largo de la historia, la Iglesia ha reconocido en los pobres el rostro de Cristo.

Los Padres de la Iglesia, como San Juan Crisóstomo y San Agustín, insistieron en que el culto a Dios es auténtico solo cuando incluye la atención a los necesitados. La vida monástica, desde San Benito hasta San Basilio, combinaba la oración con el servicio a los pobres, la hospitalidad y el cuidado de los enfermos.

Órdenes como los trinitarios y mercedarios se dedicaron a liberar cautivos, mientras que las órdenes mendicantes (franciscanos, dominicos) adoptaron la pobreza radical como testimonio profético. La Iglesia también ha promovido la educación de los pobres, con figuras como San José de Calasanz y San Juan Bautista de La Salle, y ha acompañado a migrantes, inspirada por San Juan Bautista Scalabrini y Santa Francisca Cabrini.

Santa Teresa de Calcuta y Santa Dulce de los Pobres son ejemplos contemporáneos de entrega total a los más abandonados.

Capítulo 4: Una Historia que Continúa

La Doctrina Social de la Iglesia, desde la *Rerum Novarum* de León XIII hasta el presente, ha respondido a los desafíos de la pobreza. El Concilio Vaticano II, con *Gaudium et Spes*, reafirmó el destino universal de los bienes y la función social de la propiedad.

Papas como Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco han profundizado en la opción preferencial por los pobres, denunciando las estructuras de pecado que generan desigualdad. La Conferencia de Aparecida destacó que los pobres son sujetos de evangelización y portadores de una sabiduría única.

Se critica la “dictadura de una economía que mata” y se llama a transformar las estructuras injustas. La caridad debe ir acompañada de la lucha por la justicia, y los pobres deben ser vistos no como objetos de asistencia, sino como hermanos con los que caminar.

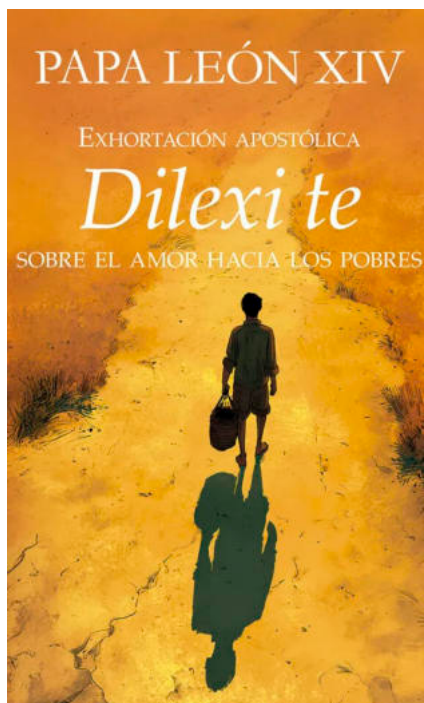
Capítulo 5: Un Desafío Permanente

La parábola del Buen Samaritano es presentada como modelo de respuesta al sufrimiento ajeno. Frente a la cultura de la indiferencia, los cristianos están llamados a detenerse, mirar al pobre a la cara y actuar con compasión.

La limosna, aunque a veces menospreciada, es un gesto concreto de amor que acerca a las personas y refleja la misericordia divina. Sin reemplazar la justicia estructural, la limosna es un acto de *pietas* que humaniza la sociedad.

El documento concluye afirmando que el amor a los pobres es el corazón del Evangelio y la garantía de una Iglesia fiel a Cristo.

“Dilexi Te” es un llamado urgente a redescubrir el amor preferencial por los pobres como esencia del mensaje cristiano. A través de un recorrido bíblico, histórico y teológico, León XIV invita a una conversión personal y comunitaria que se traduzca en gestos concretos de solidaridad, justicia y acogida. La Iglesia, siguiendo el ejemplo de Jesús, está llamada a ser una “Iglesia pobre para los pobres”, donde cada gesto de amor hacia los más pequeños es un encuentro con el Señor de la historia.



Acceda a la Exhortación
Apostólica «*Dilexit te*»
del Papa León XIV



Memoria festiva: Las celebraciones del último trimestre

FIESTAS PATRONALES DE LA DIÓCESIS DE PINAR DEL RÍO (OCTUBRE - DICIEMBRE)

En el último trimestre del año, varias parroquias de nuestra diócesis celebraron con alegría y devoción a sus santos patronos. En esta sección, recorreremos la historia de estas comunidades, que conforman la memoria viva de nuestra Iglesia diocesana.

San Francisco de Asís (4 de octubre)

La parroquia San Francisco de Asís nació en nuestra diócesis en el año 1998, tras la visita del Papa San Juan Pablo II. Surgió para dar continuidad al camino realizado por la comunidad y para responder a las necesidades de la vasta población que reside en el Reparto Hermanos Cruz, en el extremo este de la ciudad pinareña. La comunidad de San Francisco de Asís no tiene templo, pero esto no le ha impedido vivir la fe. Desde sus inicios, se reunía en casas particulares donde realizaba las actividades propias de una comunidad cristiana: catequesis, asistencia a ancianos necesitados a través de un comedor de Cáritas, grupos de jóvenes, entre otras pastorales. Actualmente ya cuentan con el terreno para la construcción del templo, y pedimos a Dios, por intercesión de nuestro santo patrono, que pronto pueda ser una realidad.

Nuestra Señora del Rosario en La Palma (7 de octubre)

La iglesia de Nuestra Señora del Rosario surgió a mediados del siglo XIX, junto con el pueblo de La Palma, fruto del empuje y la fe de sus habitantes. Su construcción inició en 1857 y culminó en 1860, siendo erigida como

parroquia en 1864 bajo el patrocinio de San Cayetano como santo auxiliar. Aunque sufrió daños menores durante la Guerra de Independencia, para 1924 se encontraba en mal estado. El templo actual fue construido en 1948, durante el gobierno del Dr. Ramón Grau San Martín (natural de este municipio), siendo entonces cura párroco el vasco José Mokoroa y Miranda.

Nuestra Señora de los Remedios: Cangre (10 de octubre)

Ubicada en las afueras de Pinar del Río, en el km 5 de la carretera a Luis Lazo, esta iglesia fue construida en 1945 y erigida como parroquia en 1998. Se distingue por sus obras sociales, especialmente las guarderías vinculadas al programa de Cáritas. Actualmente, el P. Darío Ferro, misionero de la diócesis de Verona, anima la vida pastoral de esta comunidad.

Mariel: Santa Teresa de Jesús (15 de octubre)

La parroquia de Mariel, bajo la protección de Santa Teresa de Jesús, tiene sus orígenes en 1804, cuando los vecinos construyeron un oratorio que fue bendecido por el Obispo Espada y asignado como auxiliar de Guanajay en 1807. Reconstruido en 1820, el templo actual data de 1923, gracias al esfuerzo del franciscano fray Castor Apraiz, apoyado por su Orden y el Obispo Manuel Ruiz. En su territorio se encuentra el poblado de Quiebra Hacha, con templo dedicado a Nuestra Señora de Las Mercedes. A lo largo de los años, esta comunidad ha sido servida por sacerdotes como los

franciscanos, el P. Antonio Rodríguez, el P. Iván Bergerón, el P. Guido Rivard, la comunidad Marianista, el P. Cirilo Castro y, actualmente, el P. Daniele Simone, misionero de Verona.

Guanajay: San Hilarión Abad (21 de octubre)

Antiguamente llamada «Guanuhaya», ambos nombres son de origen indígena. Escribía Tranquilino Sandalio de Noda: «El corral de Guanajay, antiguamente Gyanuhaya, es indudablemente de los más antiguos de la Isla». La fundación de Guanajay, según el Dr. Luis M. Núñez, historiador de la villa, data aproximadamente del año 1650. Su primera iglesia, de guano, fue puesta bajo la protección de San Hilarión. En 1688, el Obispo Diego Evelino de Compostela ordenó construir una iglesia, erigiéndola como parroquia en 1695. Reconstruida en 1720, fue una de las cinco parroquias visitadas por el Obispo Morell de Santa Cruz en 1755. A lo largo del siglo XIX, se le incorporaron varias jurisdicciones como Artemisa, Mariel y Cabañas. El templo construido en 1826, dañado por un ciclón en 1846, fue reparado en 1848 y posteriormente en 1857 y 1859. En 1862, fue elevada a Vicaría Foránea, abarcando numerosas parroquias de la región.

San Cristóbal (16 de noviembre)

Esta parroquia se deriva de la antigua de Santa Cruz de los Pinos, erigida por el Obispo Compostela, que tuvo como auxiliares a San Cristóbal, Los Palacios y

Candelaria. Fundada en 1830, su primera iglesia fue de guano, reemplazada por una de mampostería en 1843, la cual fue destruida por el terremoto de 1880. Se construyó entonces una iglesia de madera, sustituida en 1912 por otra de mampostería que sufrió graves daños en el ciclón de 1926. La iglesia actual data de 1933. En su territorio se encuentran los pueblos de Santa Cruz, Chirigota y Taco Taco, cada uno con su templo.

Cabañas: La Guadalupe (12 de diciembre)

Erigida como auxiliar de Guanajay en 1823, su primera iglesia de madera fue reconstruida en mampostería por los feligreses en 1857, año en que el Obispo Fleix y Solans la elevó a parroquia. Poco después, un incendio la destruyó, pero los fieles levantaron un nuevo templo en 1882, que también fue destruido durante la Guerra de Independencia. Durante años, el servicio religioso se mantuvo en una casa particular, hasta que el Obispo Manuel Ruiz impulsó la construcción del templo actual. En esta región también tienen templo las localidades de San Diego de Núñez, Las Pozas y Orozco.

Este recorrido por las fiestas patronales nos permite apreciar la fe resiliente y el profundo sentido comunitario que ha caracterizado a estas parroquias, escribiendo así la historia viva de la Diócesis de Pinar del Río.

Jesús en un abrazo a los pobres

Por Anitery Travieso Téllez / sábado 27 de diciembre

¡Hoy vi nacer a Jesús! Casi al mediodía, en los predios de la Catedral de Pinar del Río, Jesús nació en medio del abrazo, la acogida y el servicio a los más pobres.

Hoy vi rostros que volvieron a sonreír después de mucho tiempo; vi manos que asearon, afeitaron y vistieron a quienes hacía meses no tenían un baño digno. Sentí nacer a Jesús en la paciencia y ternura de Gabriela mientras alimentaba a un anciano que veía por primera vez. Vi niños con los ojos iluminados, deseando repetir la experiencia.

Sin embargo, lo mejor de toda la jornada no fue la música —ofrecida gratuita y generosamente—, ni siquiera la exquisita comida elaborada por manos laboriosas y corazones sensibles. Lo mejor fue devolver, durante unas horas, la dignidad humana a personas que viven en situación de exclusión, debido a carencias materiales y afectivas.

Infinitas GRACIAS a todos los que colaboraron para hacer posible este milagro de amor: con efectivo, con recursos materiales, con promoción, con ese esfuerzo que cansa el cuerpo pero eleva el espíritu. ¡¡¡A todos, gracias y FELIZ NAVIDAD!!!





In memoriam: Luis Pérez, maestro y artífice de la educación pinareña

Por Pbro. Yosvel Rodríguez Ordaz

Mencionar a Luis Pérez en Pinar, era mencionar al maestro. Alguien dedicado y entregado de corazón al amor de la educación y no solo a las letras o gramática, sino buscando una educación integral y más completa de sus estudiantes. Luis Pérez amó Cuba con todo su corazón y la Educación de los jóvenes pinareños con cada respiro. Entregó todo con amor para construir una Cuba mejor, más culta y preparada en su generación más joven y soñada. Pinar pierde hoy a uno de sus insignes profesores y amantes de la

Lengua Española, el Arte y la Cultura. Doy gracias por haberle conocido, por su ayuda incondicional a la Iglesia de la Catedral y su servicio. Que descanse en paz y goce ya de una Navidad especial, cerca de Dios para siempre en su Gloria.

Desde el equipo editorial de este boletín, lamentamos profundamente su pérdida. Luis fue también nuestro compañero y corrector, una misión que asumió con extraordinaria entrega y esmero desde el primer momento. Agradecemos haber contado con su sabiduría y dedicación.



Catequistas, peregrinos de esperanza

Por: Tania Gómez Rodríguez

Unidos en la fe y la misión, los catequistas de nuestra diócesis —animadores de niños, adolescentes, jóvenes y adultos— peregrinaron el pasado 25 de octubre a la Catedral San Rosendo para celebrar, como una sola comunidad, el Jubileo de los Catequistas.

La jornada comenzó con una cordial bienvenida de la Comisión Diocesana de Catequesis, seguida de la charla "Catequistas, testigos de esperanza", impartida por el P. Alfredo. Inspirados por sus palabras, los participantes se dividieron según las etapas formativas que acompañan para profundizar en talleres prácticos durante la segunda parte de la mañana.

El momento culmen fue la Santa Eucaristía, donde se presentó ante el Altar la vida y el fruto de todas nuestras catequesis. La Misa fue presidida por Mons. Juan de Dios Hernández Ruiz, sj, y concelebrada por sacerdotes de comunidades cercanas.

Un instante particularmente emotivo fue la Acción de Gracias. En ella, no solo agradecemos a Dios el don de su llamada, sino que también reconocimos el testimonio y la entrega de aquellos catequistas que, por motivos de salud o edad, ya no pueden continuar activos, pero cuyo legado sigue siendo pilar fundamental en nuestra diócesis.

Pidamos a San Antonio María Claret, Patrono de los catequistas cubanos, cuya festividad celebramos recientemente, que interceda por todos nosotros para que nunca nos cansemos de anunciar con alegría el Evangelio de Jesucristo.



Gratitud y esperanza:

la diócesis renueva su comunidad de pastores

Por: Tania Gómez Rodríguez

La vida está llena de bienvenidas y adioses que nos estremecen el corazón; sobre todo cuando hemos compartido momentos de alegría y dolor, horas de trabajo y proyectos desarrollados en conjunto.

La Iglesia diocesana ha despedido, con inmensa gratitud, a los sacerdotes Roger Harlen, Raúl Ibarra y Jeferson Estiven Zapata, de Estados Unidos, México y Colombia, respectivamente, quienes, después de varios años compartiendo la vida como pastores de esta grey, regresan a sus lugares de origen para continuar trabajando por el Reino de Dios.

De igual manera, los seminaristas Juan Pablo Londoño, Jaime Duván Sánchez y Andrés Uribe, de la Arquidiócesis de Medellín, concluyeron su año pastoral en la zona de Ntra. Sra. de las Nieves. El pasado 27 de diciembre regresaron a Colombia para continuar sus estudios en el Seminario.

Pero la vida también brinda la oportunidad de conocer nuevas personas maravillosas, esas que llegan a continuar la obra que otros iniciaron. Por eso, damos la bienvenida al P. Alfonso Arceo, sacerdote guadalupano y párroco del Sagrado Corazón de Jesús en Viñales; a las Misioneras Servidoras de la Palabra, que se encuentran en Los Palacios; a la Comunidad de Sacerdotes Dehonianos, que han llegado para servir en Ntra. Sra. de las Nieves en Mantua; al P. Nelson Eduardo Ángel Bonilla, para Ntra. Sra. de la Caridad en Minas de Matahambre; y al P. Dilan Gonzalo Tamayo Carreño, en la parroquia Sagrado Corazón de Sandino. Esperamos que otros sacerdotes, y un grupo de seminaristas, se incorporen en los primeros meses del año.

A todos ellos, nuestro eterno agradecimiento. Y continuamos orando al Dueño de la Mies para que suscite abundantes vocaciones sacerdotales, religiosas y laicales en nuestra Iglesia.

La Diócesis despide al «Maestro Lorenzo»

Con profunda gratitud y fe en la Resurrección, la Iglesia diocesana despide a Lorenzo Hernández, el querido «Maestro Lorenzo», quien

partió a la Casa del Padre en la tarde del martes 26 de noviembre.

Su largo camino en la tierra estuvo marcado por un amor inquebrantable a

Dios y una entrega total a la Iglesia. Esta dedicación fue reconocida con la Orden «*Pro Ecclesia et Pontifice*», la más alta distinción que la Santa Sede otorga a un laico, no como simple condecoración, sino como expresión de gratitud por un testimonio cristiano que iluminó a generaciones.

Catequista, presidente de la Acción Católica en su juventud y laico profundamente comprometido con la pastoral de la Catedral y la Diócesis, el Maestro Lorenzo fue, sobre todo, un padre de familia que encarnó para todos los que lo conocieron las virtudes de la humildad, la sencillez, la sabiduría y una fidelidad probada en la adversidad.

Gracias, Lorenzo, por recordarnos, entre cruces y signos de resurrección, que la vida del seguidor de Cristo es una llamada constante a ser una bendición viva para los demás.



Nuevos Cristianos reciben los Sacramentos de Iniciación Cristiana

Fuente: Información adaptada de la página en Facebook Santuario Diocesano de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre

Con la alegría que caracteriza al tercer Domingo de Adviento, la comunidad parroquial del Santuario Diocesano de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre celebró un momento de gracia y renovación: 15 hermanos recibieron, en una misma celebración, los Sacramentos de Iniciación Cristiana.

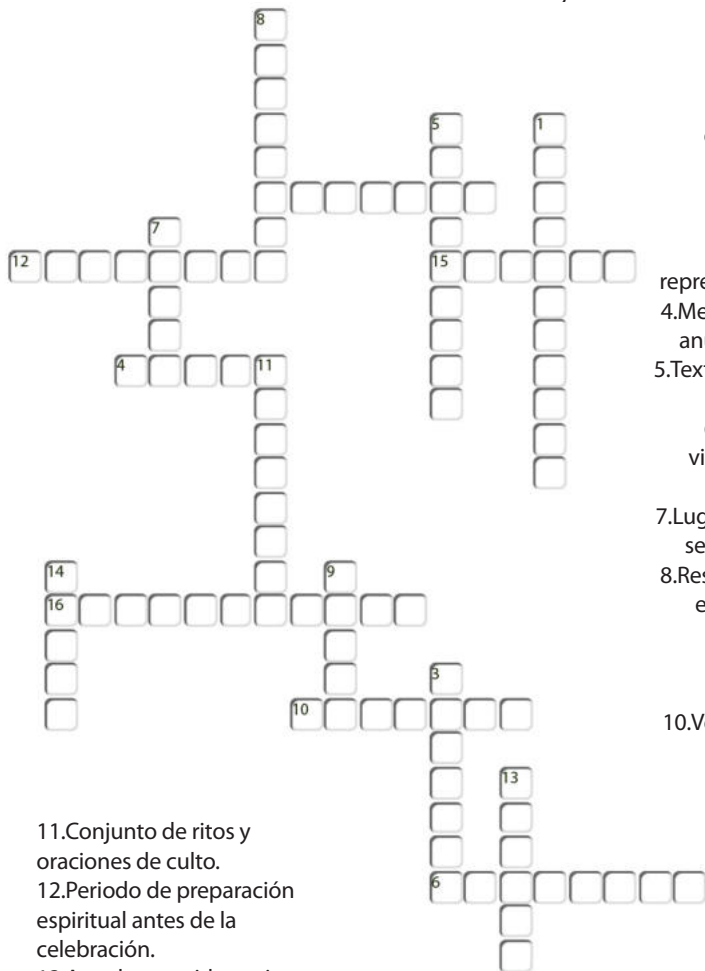
Oremos para que el Espíritu Santo, que hoy ha descendido sobre ellos, habite permanentemente en sus corazones, guiándolos a vivir siempre

en la verdad, la fe y el amor de Cristo. Este hito es también un llamado para toda la comunidad. La Iglesia, en la que los confirmados ratifican libremente su pertenencia, espera de ellos —y de todos nosotros— una presencia activa y responsable en la vida personal y en la misión evangelizadora.

Que la alegría de este día, fruto del Adviento y de la acción de la Gracia, nos contagie a todos y renueve nuestro compromiso bautismal.

PASATIEMPO

A lo largo de estos tres meses –octubre, noviembre y diciembre– la Iglesia se adentra en un camino de creciente esperanza. Te proponemos este crucigrama para contemplar las palabras, personajes y dones que rodean al acto de amor infinito de Dios: la Encarnación de su Hijo.



- 1.Participación de lo divino en lo humano
- 2.Celebración del nacimiento de dicha figura central.
- 3.Establo donde se representa el nacimiento.
- 4.Mensajero celestial que anuncia un plan divino.
- 5.Texto sagrado que narra la vida y enseñanzas.
- 6.Astro que orienta a viajeros hacia un lugar sagrado.
- 7.Lugar tradicional donde se ubica el nacimiento.
- 8.Resina aromática usada en ritos y ceremonias.
- 9.Resina perfumada mencionada entre regalos.
- 10.Vela que simboliza luz en la celebración.

- 11.Conjunto de ritos y oraciones de culto.
- 12.Periodo de preparación espiritual antes de la celebración.
- 13.Aquel que cuida ovejas y comparte humildad.
- 14.Sabios que visitaron al recién nacido.
- 15.Exaltación y alabanza expresadas en cantos.
- 16.Declaración divina sobre un plan sagrado para una persona

RESPUESTAS
1. ENCARNACIÓN
2. NAVEIDAD
3. PESEBRE
4. ANGEL
5. EVANGELIO
6. ESTRELLA
7. BELEN
8. INCENSO
9. MIRRA
10. CANDELA
11. LITURGIA
12. ADVIENTO
13. PASTOR
14. MAGOS
15. GLORIA
16. ANUNCIACION

Emaús: El Retiro que Transforma el Camino



¿Tu corazón arde o solo camina?

En la historia de Emaús, dos discípulos confundidos encontraron a Jesús en el camino. Él escuchó sus dudas, les explicó las Escrituras y se reveló al partir el pan. Los Retiros de Emaús recrean esa experiencia; es un viaje personal estructurado para:

- Ser escuchado en un ambiente fraterno.
- Descubrir a Cristo vivo en las Escrituras y la Eucaristía.
- Regresar renovado, con gozo y propósito, a tu comunidad.

Una experiencia de vida cristiana que ha revitalizado a decenas de hombres en nuestra diócesis y que ahora se abre para todos. Forja amistades en Cristo y reaviva tu compromiso.


Fechas 2026 - Casa Diocesana "Ntra. Sra. de Loreto":

Mujeres: Feb 6-8, May 8-10, Oct 9-11, Nov 13-15.

Hombres: Feb 21-23, Abr 17-19, Sep 25-27.

Si estás interesado, no dudes en contactar a tu párroco.

¡Ven, camina con nosotros!



«El pueblo que
caminaba en tinieblas
vio una luz grande;
habitaban tierra de
sombras y una luz les
brilló»

(Is 9,1)

